

## **Entre la estética y la ética. Un siglo de discurso y actuación de la burguesía vallisoletana ante la mendicidad (1865-1962)**

Pilar Calvo Caballero  
Universidad de Valladolid

Afianzado el tráfico comercial con Cuba, Valladolid se convierte en el tercer grupo financiero del país y el primero industrial y mercantil de la región. La ciudad crece hacia el sur de la mano de la burguesía en grandes avenidas y, del otro lado del ferrocarril, los barrios obreros; alcanza los 50.000 habitantes. El esplendor burgués se percibe en la Exposición General de Castilla (1859), el foco universitario, de institutos, la Real Academia de Bellas Artes, los nuevos Teatros Lope de Vega y Calderón... pero le sorprende la bancarrota de 1864, que diezma el tejido de negocios y dispara la carestía y el desempleo. Al pauperismo que se ceba en los barrios de San Nicolás, San Ildefonso y San Andrés, se suma el forastero expulsado por las crisis agrarias. Estos colectivos acentúan los lunares de la ciudad, que los coetáneos cifran en el Esgueva y la falta de higiene. Valladolid repite la escasa oferta de la beneficencia pública, que los gobiernos liberales traspasan de sus centenarias instituciones desamortizadas a Ayuntamientos y Diputaciones, incapaces de ofrecer una mínima higiene y limitada su oferta a la enfermedad, abandono y demencia: los Hospitales de la Santa María de Esgueva, de la Resurrección, de Dementes y el Hospicio. Por eso, la Ley de Beneficencia de 1849 saluda la iniciativa privada. En este marco se inscriben la Casa de Beneficencia, las Conferencias de San Vicente de Paúl (1853)<sup>1</sup> y, con el cólera que está en Madrid en el otoño de 1865, la burguesía impulsa la Asociación Amigos de los Pobres.

---

<sup>1</sup> Véase Elena MAZA ZORRILLA, *Valladolid: sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)*, Valladolid, 1985. Esta comunicación se basa en Pilar CALVO CABALLERO, *La aventura filantrópica en Valladolid (siglos XIX y XX). De los Amigos de los Pobres y el Asilo de Caridad a ASVAI*, Valladolid, 2002.

## **La Asociación de Amigos de los Pobres y el asilo de Mendicidad (1865-1906). De la euforia al fracaso en erradicar la mendicidad**

Contra la pobreza como industria y por la reinserción social del mendigo

El temor al cólera, clavado en el subconsciente de los vallisoletanos desde sus estragos en 1834, popularizó sentencias como la de “arre, que te pilla el cólera morbo, el que no perdona ni a flaco ni a gordo” y las romerías a San Roque en las Moreras. El cólera vuelve en 1855 y, más amenazante y próximo en Madrid, en el otoño de 1865. En el siglo en que la burguesía encumbra al individuo y acompañando la inacción de las autoridades, era de esperar que la iniciativa privada se abriera paso. De la mano de la mediana burguesía del Ateneo Mercantil, nace la Asociación Amigos de los Pobres a imagen de sus homónimas de Barcelona y Madrid. La Asociación apunta sus líneas de larga duración: un discurso, invocador de la caridad cristiana matizada por el ideario burgués contra la pobreza como industria y por la reinserción social del mendigo, la iniciativa privada y el valor universal de la solidaridad; implica al vecindario convirtiendo la Asociación en interclasista; se sirve de la sociabilidad burguesa para recaudar fondos –veladas, bailes y toretes- y hace gala de pragmatismo, pues como sus homónimas se organiza por distritos para mayor operatividad. Mediante la suscripción abierta en *El Norte de Castilla*, *La Crónica Mercantil* y las casas de directivos y simpatizantes, esta Asociación obtiene la respuesta formidable de colectivos, asociaciones, empresas y vecindario en dinero, especie y ofrecimientos para socorrer a los afectados; sin duda empuja el miedo, que agota en dos días la *Cartilla doméstica de preservación y curación del cólera morbo-asiático*, del primer ayudante médico del Cuerpo de Sanidad Militar. Aparte de los donativos condicionados a la llegada de la epidemia, la Asociación recaudó veintiocho mil reales y diversos en especie (desde habitaciones para camas a carbón, leña, jarras, jofainas, tazas, platos, jergones, anisado...).

El cólera no llegó, sí el rutinario hambre. Hace estragos ese invierno que, como todos de paro agrícola y en la construcción, suma la quiebra financiera, industrial y

mercantil de principios de año y la sequía del verano. La clase proletaria es carne de cañón del pauperismo. Por eso la Asociación baraja su continuidad, que solo asegura una vez que parece atado el compromiso del vecindario en su asamblea de diciembre; socorrería a enfermos e inútiles para el trabajo, frustrado su tanteo de cocina económica para obreros como la de Barcelona. De esta suerte, la Asociación inaugura la asistencia domiciliaria, adelantándose veinte años al Ayuntamiento. *El Norte de Castilla* se constituye en órgano de la Asociación y le hace propaganda. La demanda multiplicada por la crisis desborda su pequeña oferta que, aunque disponible hasta horas próximas a la noche, apenas cuenta con la disponibilidad de los directivos y media docena más, y peor es la falta de fondos: en enero de 1866 apenas pudo atender a 47 y desestima 237 peticiones, en febrero asiste a 154 y desatiende a otras 108, y en noviembre sorteja los socorros. Además de asistencia facultativa, ofrece dinero para alimentos, alquiler, desempeños, medicinas, ropa de vestir y de cama. Los asistidos son todos: jornaleros, obreros y artistas enfermos sin trabajo y con familia, matrimonios sin hijos, viudas y mujeres abandonadas con o sin hijos, solteros, ancianos impedidos y convalecientes sin medios; más de la mitad de los auxilios recaen en matrimonios y viudas, seguidos de ancianos; luego, fiel al ideario burgués valorativo del trabajo, el proletariado urbano y jornalero es el atendido, los mendigos los olvidados.

Peor que la demanda desbordante fue la represión de los últimos gobiernos isabelinos, que acaba con la Asociación a principios de 1867. El porqué solo se supo tras la Gloriosa. Entonces se confirman los rumores acerca de su homónima madrileña, acusada de destinar sus fondos a la conjura política. También la vallisoletana está integrada en su mayoría por la izquierda burguesa, lo que no fue óbice para que desde la derecha le alleguen donativos. La Asociación vallisoletana vio denegado su reconocimiento y fue disuelta por el Gobierno Narváez en marzo de 1867, paradójicamente apoyado en la Ley de Beneficencia cuando “el número de estos pobres infelices que a todas horas del día y de la noche circulan por las calles de Valladolid crece en una progresión admirable”, y la miopía burguesa: empeñada en que “debe procurarse que los verdaderos vagos no roben la limosna a los verdaderos pobres”, cuando la avalancha de mendigos obedece a la crisis, acentuada con la sequía de 1868.

Sucede que la coerción ilustrada contra la muchedumbre ambulante cruza al siglo XIX en los bandos prohibitorios de la mendicidad y en la racionalidad burguesa, que despoja a la pobreza de valor meritorio, ambiciona la reinserción social del mendigo e, invocando el progreso, la civilización y el buen nombre y estética de la ciudad de Valladolid, exige la represión de la pobreza fingida. Esta cosmovisión matiza la secular caridad cristiana o el sentimiento filantrópico con la xenofobia hacia quienes toman la pobreza por industria. Éste es el discurso de la Asociación cuando *El Norte* apela a que reaparezca tras la Gloriosa, cuando bandadas de mendigos diezman las arcas municipales, obligadas a financiar su depósito transitorio y a expedirlos hacia sus pueblos, pues se incumple la disposición del gobernador de que cada pueblo asista a sus mendigos y la ciudad se convierte en el destino de los de la provincia y forasteros.

La reaparición de los Amigos de los Pobres era tanto más vital por cuanto que la miopía revolucionaria repite la de los gobiernos isabelinos, pues suprime las Conferencias de San Vicente de Paúl; de ahí que *El Norte* urja la vuelta de la Asociación para llenar su vacío en la cocina económica, costeada por la Diputación en el Hospital de Esgueva y en el Hospicio. Apoyada en las Hermanas de la Caridad –que sostienen a las demás instituciones benéficas- para regentar estas cocinas, la Asociación troca sus socorros a domicilio por las raciones de cocido. Su oferta vuelve a ser superada en ese invierno de 1868-1869, incluso fue necesaria la presencia de agentes en el reparto de las raciones. Con las cocinas, cuyo derecho a usarlas conserva cuando las Conferencias reaparezcan en 1879-1880, la Asociación inaugura la cena de Nochebuena y racionaliza su auxilio entregando los bonos de cocido a las parroquias, conocedoras de las necesidades; luego, el proletariado sigue siendo el asistido: en 1871, recibe 29.102 raciones de un total de 49.358, y el resto son para pobres forasteros y en días extraordinarios –Viernes Santo, San Pedro, ferias y navidad-.

El pragmatismo burgués se percibe en el giro de la Asociación hacia los asistidos, pues la mendicidad es el primer problema de orden público y para largo, a juzgar porque la política municipal de retirar de las calles a los mendigos, hasta centenar y medio, es insuficiente para evitar “que nuestras calles en todos los días y a todas las horas, se vean llenas de pobres que nos acosan tenazmente”. El discurso burgués sigue intacto: *El Norte*

ya propuso en abril de 1869 la iniciativa del Ayuntamiento valenciano, de canalizar la caridad mediante las juntas parroquiales para disuadir a los profesionales de la pobreza. Pese a los bandos, predominan los mendigos desprovistos de tarjetas para pedir, es crítica la situación de los asilos y hasta los hospitales piden vendas al vecindario. Ante las avalanchas de mendigos de los inviernos de 1870-1871, la burguesía media de los Amigos de los Pobres, fiel reflejo de un tiempo que encumbra la iniciativa privada, se decide a acabar con la mendicidad callejera ideando el Asilo de Mendicidad. El protagonismo de la iniciativa privada le diferencia de sus homónimos de Sevilla (1846) y León (1855), gestionados por el Ayuntamiento.

#### Conjunción privada-municipal y financiación a imagen burguesa

En enero de 1872, los Amigos de los Pobres ponen en marcha el Asilo de Mendicidad tras una reunión de autoridades y fuerzas vivas, pero pertrechándose de un doble respaldo: junto con el que tenían del vecindario recaban el del Ayuntamiento, en adelante líneas de larga duración. Este proyecto es indisociable de la estética burguesa que lo alienta: persigue “que concluya el espectáculo que el pauperismo daba a esta ciudad”, del “pordiosero sutil y mañoso que simula una enfermedad repugnante, y con el vagabundo joven que huye del trabajo...”, y también de su mentalidad represora de la industria de la pobreza: pues se compromete a retirar de la calle “al necesitado indigente, distinguiéndole con facilidad del haraposos pordiosero que su vagancia y desaliño le han puesto en el estado que se encuentra. De este modo también, como la limosna se halla mejor repartida, con un pequeñísimo óbolo con el que acuda cada familia de Valladolid para el socorro de los pobres, obtendrán éstos mejores resultados y se desterrará el vicio que es aun peor que la pobreza”. Los Amigos de los Pobres se comprometen con el vecindario sin apercibirse de tal difícil reto.

El pragmatismo burgués es el *modus operandi*. En un tira y afloja con el Ayuntamiento, los Amigos de los Pobres logran el local del convento del Corpus, luego el más amplio de la Alhóndiga y una parca subvención; a cambio, dan cuenta de su labor en la

Asamblea General presidida por el alcalde. *El Norte de Castilla* y *La Crónica Mercantil* piden la colaboración del vecindario. Los directivos están al quite de toda oportunidad de ingresos: de los decomisos de ruletas ilegales a las ropas recogidas por *El Imparcial* para el hospital de la guerra carlista; los productos municipales de la cabalgata de reyes, de exposiciones de la feria y el arriendo de las sillas de los paseos, que se reparte con la Casa de Beneficencia. Los directivos aprecian el inestimable auxilio de las Hermanitas de la Caridad; la olla diaria de rancho del rector de los Agustinos Filipinos; la ayuda de los profesores de medicina, de los farmacéuticos que venden con rebaja; de los párrocos y alcaldes de barrio, que informan las solicitudes; de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, por los asientos a medio precio para enviar a los pobres a baños o a sus pueblos, y en fin, de los que colaboran en allegar fondos. Al valor de los directivos para asumir retos y ampliarlos iguala su imaginación para financiarse, y para competir entre el sinfín de cuestaciones por el óbolo del vecindario. Por eso, a las cuotas de socios -principal ingreso-, cuestaciones, donativos en dinero, especie y legados añaden otras fórmulas apegadas a sus gustos y sociabilidad burgueses, como las funciones en el Lope de Vega y el Calderón, de toretes y rifas, que tienen por colaboradoras a las esposas e hijas de las familias burguesas.

El Asilo se abre con 40 pobres de ambos sexos; el número de asilados fijos se mantiene hasta su crisis en torno al medio centenar, incluso se dobla en algunos años entre 1875 y 1884, luego decrece y desde 1896 oscila entre treinta y cuarenta. La gran mayoría de los albergados son transeúntes; el Asilo sirve de depósito para recoger a los mendigos y luego trasladarlos a sus pueblos. El movimiento de pobres -los que entran y los existentes- ronda los trescientos recién creado el Asilo, se dobla desde 1875 y supera el millar en 1879. Desde entonces se reduce a la mitad, pero crece desde 1882 hasta superar los mil trescientos en 1885, tiende a doblarse desde 1897, ronda los tres mil en 1899 y se mantendría hasta 1904-1905. La mayoría de los asistidos sale expedida para sus pueblos con un pan de kilo, ropa y, hasta 1882, con algo de dinero; muy pocos son reclamados por su familia o salen para trabajar. Analizado por sexos y edades: hasta 1885, la mayoría son adultos y las mujeres dominan hasta 1877, pero los niños figuran a la cabeza de los que se quedan hasta 1875, luego las mujeres y, desde 1879, los hombres encabezan las entradas y

permanencias. Esta composición y la afluencia en los meses de invierno reflejan los ritmos y crisis de trabajo y la recesión económica, las crisis agrarias sobre todo.

Más aún a los que viven permanentemente en el Asilo, la burguesía les enrola en su ideal de reinserción inculcándoles el trabajo –a veces remunerado- y la higiene. Así, las mujeres se ocupan de lavar y asear las dependencias y cosen para consumo interno –sábanas, jergones, camisas, colchas y vestidos-; el sobrante se destina al socorro a domicilio –en ropas-, seguido de los transeúntes, auxiliados en calzado sobre todo. Por el encarecimiento del calzado en 1875, la Asociación montó un taller para los hombres que, además de economías para el Asilo, el abasto a transeúntes y socorridos a domicilio, enseña un oficio. También crea una escuela en 1873 para 30-45 niños que aprenden a leer, escribir, aritmética, doctrina cristiana y gramática, de ellos, 19 salen para oficios en 1876. Entre los directivos hay una especial preocupación por la higiene, pues el médico visita diariamente para evitar enfermedades contagiosas y, en su caso, se separa a los afectados, otro tanto se cuida la comida, habitaciones y la higiene personal, valorada porque los asilados se mudan semanalmente de ropa interior y las camas antes del mes; incluso, cabe valorar el arbolado exterior del Asilo o el envío a baños de algunos asilados para mejorar su salud.

Los Amigos de los Pobres se resisten a dejar los socorros a domicilio, manifiestos en el extra navideño en dinero para 200 familias o el envío a baños; pero estas partidas y las de ropas, desempeño y alimentación desaparecen en los años ochenta porque el Asilo absorbe su presupuesto, incluso desaparece la escuela en 1884 y se reduce drásticamente la partida del taller de zapatería. El gasto en médico, medicinas y chocolate de asilados y socorridos a domicilio se mantiene, pero la mendicidad callejera dispara el gasto de alimentación y combustible. Las 50.000 raciones de potaje y pan anuales de antes de creado el Asilo se triplican en 1879 y rondan las 200.000 en los primeros años ochenta. Sin embargo, las raciones de socorros a domicilio se han recortado a su cuarta parte desde creado el Asilo; asilados y, sobre todo, los transeúntes absorben el grueso.

Al terminar la centuria y a la vista del resto de instituciones, el Asilo de Mendicidad encabeza el movimiento de adultos. El Hospicio aloja a casi 400 niños; el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, a 80 ancianos; la Casa de Beneficencia a casi 300 ancianos y

niños, también abre un nocturno para jóvenes en el invierno de 1883 con 500, en su mayoría adultos y al cerrarlo en 1890 ronda los 2.000, y ya no puede acoger a más ancianos desde 1892; y la Tienda Asilo municipal expende raciones a 10 cts. a las que se acogen en 1896 más de 300, en su mayoría niños, mujeres y ancianos<sup>2</sup>.

### **El triunfalismo burgués se desinfla**

Al Asilo siempre le acompañan las quejas: en noviembre de 1877, el concejal César Alba observó “el gran número de pobres, que constantemente se sitúan en el Paseo del Portillo del Príncipe, lo que ofende la cultura de la población”. Aun valorando el esfuerzo de los Amigos de los Pobres y su flexibilidad para responder a las necesidades, la demanda es abrumadora: si ayudan a 300-600 familias vallisoletanas al año entre 1873-1883, similar a las Conferencias de San Vicente de Paúl, las necesidades médicas se calculan en 4.000-5.000 personas<sup>3</sup>, y se suma la avalancha de transeúntes, que vienen a la ciudad a pedir limosna y a buscar el auxilio de sus instituciones benéficas.

La baja en la suscripción desde 1882 y la ola de mendigos por la mala cosecha de 1883 contribuyen al desdoro de los Amigos de los Pobres. La directiva recurre a nombrar vocales cooperadores, entre ellos a los directores de los periódicos para ganarse su colaboración, pide y acepta ideas para atraerse al vecindario (campaña propagandística, publicar las raciones suministradas y cuenta con vocales en todas las parroquias). Sus pocos fondos ya le hacen ocupar un lugar secundario ante el cólera del verano de 1885, aunque cabe valorar que ninguno de sus asilados muere pese a que la calle de Panaderos encabeza la mortalidad. Y los apuros aprietan desde 1887, en plena crisis agrícola-pecuaria, cuando presiona la mendicidad, los débitos del Asilo desde 1889, el cansancio, los fallecimientos y las dificultades de relevo en la directiva de los Amigos de los Pobres, incluso, las economías del Ayuntamiento suprimen la subvención desde 1895. En la década siguiente, la directiva afronta la caída en picado de sus cuotas y estuvo a punto de

---

<sup>2</sup> Estas cifras en Jesús María PALOMARES IBÁÑEZ, “La oferta de trabajo y el paro a finales del siglo XIX”, en Jesús María Palomares y otros, *La Comisión de Reformas Sociales y la condición obrera en Valladolid (1883-1903)*, Valladolid, 1985, p. 85.

<sup>3</sup> Véase Elena Maza Zorrilla, “Sombras de una ciudad de provincias: pobreza, epidemias e insalubridad. Valladolid, 1880-1900”, en *ibid.*, pp. 260-261.



desaparecer, solo evitado por el esfuerzo de sus directivos que costean la comida de los asilados, el alivio de alguna herencia y la reanudación de la subvención municipal desde 1900, gracias a la presión de los concejales conservadores. De los escasos recursos es buena estampa su parca oferta: las raciones ni llegan a la mitad de lo que fueron antes de creado el Asilo; apenas una treintena de raciones son para socorro a domicilio y un volumen semejante es el de ancianos asilados.

Tan escasa oferta, debida a la caída de la nómina de asociados, trasluce el cansancio larvado del vecindario porque, en palabras de *El Norte* en mayo de 1881, “Tenemos en Valladolid la Casa de Beneficencia, el Asilo de los Pobres y el de las Hermanitas de la Caridad, y sin embargo, los mendigos pululan tanto que hasta obstruyen el tránsito por la vía pública”. La confianza ciega en el progreso que estigmatiza a la burguesía hizo creer a la directiva en erradicar la mendicidad, que las oleadas de pordioseros desmienten, y el vecindario acaba desencantado de los Amigos de los Pobres y causando baja entre sus socios. Paradójicamente, hace tiempo que los Amigos de los Pobres preveían este final: desde su primera Memoria de 1873, sabedores del reto y riesgo de su empresa, se arrogan la responsabilidad de sostener el Asilo pero también apuntan a las autoridades, a las que exigen cumplir los bandos de mendicidad y sentencian que, “de mostrarse indiferentes al ruego que les dirigimos, no será difícil que favorezcan la desaparición del Asilo”. A los Amigos de los Pobres les traicionó su empeñamiento en que la mendicidad era batalla ganada a la corta; el alcalde y al tiempo vicepresidente de la Asociación ya refleja su impotencia en la asamblea general de 1884: “que como autoridad había adoptado disposiciones para evitar este triste espectáculo en las calles con tanto mendigo que la mayor parte eran forasteros... recluyendo en el asilo a cuantos pobres en las calles demandan limosna, haciendo lo conducente para que se les destinara a sus respectivos pueblos y que con disgusto a los pocos días era ineficaz todo esfuerzo hecho puesto que se reproducían nuevamente aquellas escenas”.

Esta realidad desgasta sueños, voluntades y empeora diez años después, en plena crisis triguera, cuando un “espectáculo tristísimo y repugnante.... calles inundadas de multitud de pordioseros forasteros, decrepitos, mutilados y desarrapados... en descrédito del

buen nombre y cultura de la población”, que “no dejan de la mano al transeúnte hasta que consiguen sacar de su caridad una limosna” desbaratan los 22 años de trabajo del Asilo. La exasperación del vecindario -la calle “no es ningún Asilo ni casa de Mendicidad”- arremete contra los Amigos de los Pobres, que reconocen que “ese constante asedio de pobres en las calles impide que ninguna persona caritativa se suscriba a esta clase de sociedades porque ve que no evita de este modo la mendicidad”.

Aunque derrotados y censurados, a los Amigos de los Pobres les puede su orgullo burgués. Desde 1895 renuncian a su nombre y utilizan el membrete de Asilo de Mendicidad en un intento de conservar a los socios. Sigue intacta su percepción: “ciegos que nunca lo fueron, tullidos que disimulan con rara habilidad la robustez de sus piernas... no es Valladolid quien da al arroyo ese contingente de deformidades humanas... contra esta invasión que llega hay que poner un verdadero dique”, y más cuando la picaresca anula el control de las chapas para mendigar. *El Norte* propone las legislaciones francesa, belga y alemana que castigan a los pobres fingidos, confinándolos en centros de trabajo y con penas de prisión. Pero los Amigos de los Pobres saben que la clave es más sencilla: “que para la buena vida de este establecimiento es de absoluta necesidad que desaparezca la mendicidad de la vía pública”. De ahí que, tras el duro invierno de 1905-1906 sin apenas suscripciones, sus directivos y los de la Tienda Asilo municipal, que comparten el edificio, presionen al Consistorio para forzar su fusión en un nuevo proyecto, el Asilo de Caridad. A los Amigos de los Pobres no les importa perder otra vez su nombre, sí recuperar la confianza del vecindario y atar la ayuda municipal en un proyecto más viable.

### **Definitivo intento sobre idénticas bases: el Asilo de caridad (1905-1972)**

Continuidad y a la búsqueda del compromiso municipal y del vecindario

El difícil parto de este proyecto ilustra de unas autoridades renuentes a ofrecer una respuesta firme a la mendicidad, y por otro, a los Amigos de los Pobres les sigue pudiendo su orgullo y confianza ciega en la iniciativa privada. Ni la exasperación de vecindario y

prensa bastan para sacar a flote el proyecto: “hasta ¡cuarenta y siete pobres! apostados a ambos lados del paseo” y la estación tomada por “los cojos, los mancos, los ciegos, los tullidos... recorriendo todo el convoy de cabeza a cola, sin dejar un departamento inexplorado... aparecemos ante el que nos visita como incapaces de echar la llave a la deplorable manifestación del pauperismo... que antes que vernos invadidos por una verdadera corte de los milagros, antes también de que el viajero nos moteje, preferimos trabajar sin descanso y exprimir la exhausta bolsa. Con la inactividad no haremos nada”. Ni este respaldo de *El Norte* en la víspera de la propuesta de fusión, ni que concejales, comerciantes e industriales, en su mayoría de la izquierda burguesa, acudan a esa reunión del 20 de mayo de 1905 y aparentemente se impliquen bastan, pues el Asilo de Caridad solo prospera tras el ultimátum de la directiva del de Mendicidad, que así obvia que el alcalde rehúse recibirla notificándole por oficio a finales de julio de 1906 “la determinación de la junta concediéndole un mes de prórroga y que pasado éste, o sea, el 27 de agosto haremos entrega de todo al Ayuntamiento”. Este ultimátum mueve al alcalde accidental, Federico Tejedor –que abogó desde 1904 por un proyecto para extinguir la mendicidad y ofreció las notas de sus viajes por Bilbao, Zaragoza y Sevilla-, en ese mes de agosto a impulsar la fusión que dará origen al Asilo de Caridad, le dota de una subvención de 4.000 ptas. y pide la colaboración de prensa y vecindario.

Cabía esperarlo, en su Memoria y Reglamento laten las claves de los Amigos de los Pobres. Preside el ideario burgués negador del valor meritorio de la mendicidad y que arremete contra ésta como industria, pero que apela como nunca a la iniciativa privada, a la responsabilidad del vecindario: “poco dice a favor de la cultura de este pueblo esa verdadera plaga de gentes desarrapadas, que asedian al transeúnte.... la exhibición de llagas y heridas, no siempre verdaderas... el incalificable proceder de algunos padres que alquilan a sus hijos o los enseñan desde su más tierna infancia a pedir limosna en las calles, con lo que bien pronto adquieren el hábito de vagancia, que después ha de conducirles al vicio y hasta el crimen. ¿Puede continuar este estado de cosas? ¿Debemos ser cómplices de ese desequilibrio social, contribuyendo con nuestro óbolo a fomentarlo?”. Se insiste en la alternativa del Asilo para recoger las limosnas; en su carácter abierto al vecindario,

necesitado del respaldo municipal y en su ambición de crecer en servicios. La directiva sigue siendo la autoridad del Asilo y más su presidente, decisorio en casos urgentes; siguen el funcionamiento y el personal de administración, cocina y cobradores; los recursos son los sabidos ordinarios y extraordinarios; las instalaciones son las dependencias del Asilo de Mendicidad, se continúa atendiendo al pauperismo vallisoletano y forastero. De la Tienda Asilo salen las raciones para asilados y familias pobres, gratis para los que así lo acrediten, otras vendidas con subvención a 15 cts., 25 cts. y a los transeúntes se les socorre durante dos días –cuatro comidas-. La venta de raciones, herencia de la Tienda Asilo, es la mayor novedad respecto del Asilo de Mendicidad, ayuda a financiarse y garantiza el tradicional socorro a domicilio de las familias obreras. Prácticas de los Amigos de los Pobres ahora se estampan en su Reglamento, como que el gobernador y alcalde ordenen la retirada de mendigos que el Asilo acogería, o su relación con autoridades y sociedades benéficas de dentro y fuera de Valladolid. A diferencia de los Amigos de los Pobres, no especifica los socorros, se declara protegido por el Ayuntamiento y el alcalde y fuerzas vivas presidirían su junta general; éste fue un intento de arrojarse que no pasa del papel, pues el apoyo de los directivos está donde lo tuvieron los Amigos de los Pobres: en socios y vecindario.

La directiva del Asilo de Caridad –en su mayoría, Amigos de los Pobres- busca al vecindario con la misma promesa de suprimir la mendicidad; pero si éste contribuye a financiar las obras del Asilo participando en funciones benéficas, a las que se suma el cinematógrafo Pradera y el concurso hípico, parece frío a colaborar en los cepillos instalados en los comercios y boletines de suscripción. La directiva trabaja cerca de párrocos y vecindario; recluta al entusiasta teniente alcalde Federico Tejedor como presidente, que anima a los concejales a visitar a los vecinos pendientes de entregar los boletines de suscripción, recogidos en el Ayuntamiento, y terminadas las obras invita al vecindario a ver el Asilo en un intento de ganarse su apoyo.

Más cuando se abre el Asilo el 1 de abril de 1906, con 140 camas susceptibles de llegar a 200. La directiva busca al vecindario contando con el bando municipal, que prohíbe la mendicidad en la vía pública y apela a ayudar con dinero, ropas, especies y a abstenerse de dar limosna en la calle como “único medio de obligar a los que verdaderamente lo

necesiten, acudan al Asilo de Caridad, creado exclusivamente para ellos, con el objeto de que nadie padezca hambre ni carezca de albergue, y como medida eficaz para impedir la explotación del vecindario por los falsos pobres”.

Los directivos del Asilo siguen perteneciendo al mundo de los negocios; algunos son directivos patronales y en su mayoría de la izquierda liberal, albista sobre todo. Este sesgo pasa factura: a la corta, los celos mauristas –“algunos se retraen de la hermosa obra del Asilo por creer que preponderan fuerzas de un solo matiz político”-; peligroso a la larga, pues el Asilo es diana de la inquina de Primo de Rivera hacia el albismo, manifiesta en “un ambiente de verdadera hostilidad hacia el Asilo”, encabezada por el alcalde –quien debiera ser su protector-, que contribuye a privarlo de subvenciones y de presidir la Junta de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad. A diferencia de los tiempos de los Amigos de los Pobres, los directivos permanecen más en sus cargos, creciente su compromiso personal y a falta de recambios; de ahí, que se recurra más a menudo a la vieja fórmula de reclutar a los hijos y familiares de directivos como relevo.

#### El racionalismo burgués de la empresa y su financiación

Con el Asilo de Caridad vuelven las sobras de la olla de los Agustinos Filipinos, y sobre todo el racionalismo burgués en su funcionamiento. Se manifiesta en sus miras de crecimiento y carácter plurifuncional, pues el Asilo sigue procurando el socorro a domicilio y, como no puede acoger a los imposibilitados, los socorre con comida. Por eso los bonos gratuitos son la estrella de su oferta, aunque la recogida de transeúntes marca cada vez más su funcionamiento –es su compromiso con el vecindario-, como denotan la subida de sueldos de la cocinera, barbero y un escribiente, encargado del padrón de pobres, que toma el nombre de los padres como datos en caso de enterramiento. Otro rasgo acorde con el racionalismo burgués es fomentar que los asilados asistan voluntariamente a los enfermos a cambio de un pequeño estipendio.

El buen hacer del Asilo surte el menudeo de suscripciones, que le permiten recuperar los extras de Nochebuena y Navidad de los Amigos de los Pobres e instalar 80

camas más. Recibe la ayuda desinteresada de varios médicos; la prensa elogia su capacidad para improvisar la comida del centenar de pobres recién llegado, y recibe el reconocimiento institucional, pues su junta es invitada a actos oficiales, ya por el Cabildo Metropolitano al XXV aniversario de la mayoría de edad de Alfonso XIII en 1927, ya a los lúdicos, especialmente el comercio, la industria y el Ayuntamiento buscan al Asilo para que organice las corridas de septiembre, sabida su buena gestión. Su financiación revela a las claras el racionalismo burgués, pero antes cabe citar otra de sus manifestaciones, cual es cambiar el Reglamento al comprobar durante casi tres décadas la inoperancia del Consejo de Administración integrado por las fuerzas vivas, casi siempre ausentes. De ahí la vuelta a los tiempos de los Amigos de los Pobres con el Reglamento de 1935, convencida la directiva de que el apoyo debía buscarlo en sus socios antes que en vecinos con pedigrí. Así recupera el poder cedido en 1906, pues suprime las presidencias honorarias salvo la del alcalde, ya sin funciones mientras que refuerza las del presidente efectivo. Este Reglamento reitera el carácter independiente del Asilo, en modo alguno atado por la subvención municipal, y que le fue reconocido por R.O. de 12 de agosto de 1912, clasificado como institución de Beneficencia particular.

La directiva aborda su batalla contra la mendicidad con idéntico cálculo de riesgo que en sus negocios. Así, sabedora de los deficientes muros de la Alhóndiga para recoger a los transeúntes, desde 1911 asume el reto de trasladarse al desvencijado edificio municipal abandonado por el Colegio de Huérfanos de Santiago del Arma de Caballería, lo que estrecha el apoyo municipal. Pero sus obras son empresa de financiación hartamente arriesgada, que hace dimitir a uno de sus más laboriosos directivos. La junta del Asilo sale adelante y, apenas sus ahorros se lo permiten, adquiere los anejos para abrir escuelas y comedor para niños desde 1929.

La directiva del Asilo acentúa la mira empresarial de su financiación y, pese a sus ingresos agotados por la progresión de sus afanes, nunca cae en tentadores donativos a cambio de lograr la reapertura del cabaret del Gran Teatro en 1922. En principio, y como los Amigos de los Pobres, busca aliadas en la mujer y sociabilidad burguesas; sus ingresos son los conocidos desde los días de aquéllos: los ordinarios y escasos de cuotas de socios –

pese a la infatigable propaganda de los directivos, ni pagan el pan-, la subvención municipal y los donativos –interclasistas, en dinero recogido por cepillos en diferentes casas mercantiles y en especie (ropas, alimentos, comidas extraordinarias etc.)-. Pero refuerzan los más sustanciosos extraordinarios: funciones y similares, pues el vecindario entra mejor por veladas musicales, de teatro y cinematógrafo que concitan en el Lope de Vega, Calderón, Zorrilla y Pradera a “todo el Valladolid elegante y distinguido”, especialmente femenino; las becerradas, por cuya organización obtiene el aplauso del vecindario; más aún su tómbola -clásico de las ferias- y rifas varias, entre las que sobresale la más rentable de los cerdos por San Antón, otras de jamones, mulas, bicis, máquinas Singer... Los directivos se afanan por maximizar los recursos, atentos a obtener algún servicio municipal y más a rentabilizar sus ahorros en papel del Estado y acciones de empresas (Sociedad General Azucarera, Metalúrgica de Peñarroya, Electra Popular Vallisoletana, Río Tinto, La Cerámica, Caminos de Hierro del Norte, Asturiana de Minas, Bancos Hipotecario, de Bilbao, Sociedad Industrial Castellana, Constructora Naval, CAMPSA, RENFE...). En fin, gobiernan el Asilo con idéntico cálculo de beneficios y riesgo que sus negocios, con el resultado de que gracias a los recursos extraordinarios garantizan el sostenimiento y crecimiento de miras del Asilo.

#### La dinámica de la batalla contra la mendicidad

Hacia 1911 la directiva del Asilo toca su sueño, reconocido por el *Financiero Hispano-Americano* que dice “no existir mendicidad callejera merced a la eficaz labor del Asilo de Caridad”, más la prensa local y hasta el presidente del patronato de Málaga para socorro de indigentes viene a conocerlo. Pero el paro y la carestía desde 1917 devuelven a los peores años del Asilo de Mendicidad hasta entrados los veinte; esta estampa se repite desde 1932 ligada al colapso del mercado triguero-harinero y vuelve por la guerra civil y su posguerra. Estos tres lapsos están presididos por el discurso de marras, que pide más que responsabilidad al vecindario: le exige que colabore, sirva en 1933: “Mucho pueden hacer las autoridades limitando y vigilando la verdadera nube de mendigos... pero la gran batida

al mendigo callejero debe darla el ciudadano absteniéndose de entregar limosna a multitud de pobres fingidos, de mutilados que explotan su deformidad y de niños sometidos al rigor de unos empresarios... Todos, en la medida de nuestras fuerzas estamos obligados a sostener una institución que desde hace muchos años viene atendiendo a sus fines de modo perfecto”.

La directiva gobierna el Asilo fiel a su discurso de reinserción social. A finales de 1908 prohíbe salir a beber vino o introducirlo; el nuevo edificio permite instalar talleres de costura para las mujeres, de carpintería, zapatería y sastrería para los hombres, pues solo los imposibilitados están exentos de ocupación. Para más efectiva reinserción, separa a los asilados vallisoletanos de los forasteros. El departamento de transeúntes tiene entrada propia, sala de espera, otras cuatro con sus camastros separados por sexos y comedor para 300. Los asilados eran bañados y examinados por el médico a su llegada y, desde 1929, su ropa pasa a la estufa de desinfección; los transeúntes reciben comida y albergue por dos días y ayuda para trasladarse a su localidad. El orden en las comidas arremete contra la mendicidad como industria: el desayuno a las siete de la mañana; la comida, desde las doce, primero se sirve a los asilados y portadores de bonos de pago, pero tras abrir las escuelas, los niños ocupan el lugar de los portadores de los bonos, que media hora después comen con los gratuitos y transeúntes; la cena se sirve entre las seis y media y las ocho según la época del año. La sopa de ajo del desayuno se alterna con café hacia 1917 y el chocolate los domingos desde los años sesenta; hasta entonces, el potaje es el rey de comidas y cenas, solo roto por los extras, que de los 20-30 anuales pasan a 50-60 en los años treinta, consistentes en guisos de carnes y pescados, dulces, café, anís y “lo que más satisfacción les causa: un cigarrillo”.

Pese al paso del tiempo, los asistidos son los mismos. La atención a la pobreza vergonzante es la estrella (el cesante de Hacienda, un viejo cómico, un periodista, una señora venida a menos, los obreros del plus...), estas raciones de gratuitos son el 42,5% en los primeros años y rondan la mitad entre 1913-1931, salvo en la crisis de la Restauración, que se disparan por el paro y la carestía, y más entre 1940-1941 –cuando se ronda casi el millón de raciones anuales-, desde entonces oscilan entre el 50-59%; estas cifras se



refuerzan con las raciones de los bonos de pago, sobre todo en los años cuarenta, dando cuenta de que el Asilo, además de refugio del pauperismo crónico, auxilia a amplias capas sociales venidas a menos. Tras los pobres vergonzantes se atiende a los de solemnidad, los asilados, en su mayoría ancianos cuyo monto supera al de los bonos de pago y es inferior a los gratuitos. Por último, las raciones de los transeúntes, cuyo máximo se alcanza en la II República con el 8%.

Este volumen y orden de las raciones está matizado por el de asistidos. De dividir las raciones entre días y comidas, tal orden se conserva salvo para los transeúntes, que pasan a la cabeza. El volumen de pobres vergonzantes y asilados es constante, pero los transeúntes –contando con que se cumpla el máximo de 4 comidas- rara vez bajan del millar, suelen subir a los dos y tres mil, alcanzan su máximo en los 7.777 en 1935 y, en adelante, entre los 1.300-6.000; en suma, son el 80-90% de los asistidos. Les siguen los de los bonos gratuitos, entre el centenar y medio y los tres centenares, los asilados en torno al centenar, mientras que los de bonos de pago oscilan entre la decena y la treintena, salvo durante la carestía de la Gran Guerra y los años cuarenta, que rondan el centenar. Luego el Asilo, como los Amigos de los Pobres, combina el auxilio a la pobreza vergonzante y de solemnidad con el de la mendicidad forastera, que le convierte en el depósito de transeúntes. El Asilo funciona así como doble válvula de seguridad: frente a la mendicidad callejera y amortiguador del paro y la carestía entre el proletariado, más desde 1929 con sus escuelas y comedores gratuitos que albergan a un centenar y medio como mínimo, además de atender a los venidos a menos o pauperismo vergonzante.

Entre 1936 y 1954, el Asilo tuvo dificultades para superar las trabas a sus cuotaciones y raciones a precio reducido, que topan con Auxilio Social, y más para recaudar fondos y víveres, cuyos precios minan sus ahorros. Pero desde los últimos años cincuenta se avista el fin de la estrechez y el desarrollo económico de los sesenta surte el cerrojazo a las bandadas de mendigos, pues de las 23.070 raciones para transeúntes de 1942 se pasa a 20-30 en 1962, y tanto más se reduce la pobreza vergonzante; los moradores del Asilo son ancianos impedidos. Vencida la batalla contra la mendicidad y atento a las necesidades del vecindario, el Asilo se reorienta hacia la tercera edad, que casa con la

ancianidad desvalida moradora de sus muros. Era una dirección segura porque había demanda y la directiva cuenta con experiencia. Sus siglas se trocan así en Residencia de Nuestra Señora del Carmen en 1962 y, una década después, en Asociación vallisoletana de Ayuda a la Ancianidad y a la Infancia, dos líneas primigenias que, eclipsadas por la batalla contra la mendicidad callejera, vuelven como punto de partida para otra meta: estar a la vanguardia de los centros asistenciales de la ancianidad, que logra y, desde 2000, impulsa su atención a la infancia desde su Fundación ASVAI sobre bases más prácticas.

Es llamativo que esta institución sea la única superviviente entre las decanas de la beneficencia. La clave estaría en su empeño en convertirse en patrimonio interclasista abierto al vecindario y capaz de amoldarse a sus necesidades en todo tiempo. Esta idiosincrasia, impresa por los Amigos de los Pobres y curtida por el esfuerzo durante más de un siglo, le dota de un carácter que la singulariza sin trabas de futuro, siempre a la vanguardia; por eso, la languidez a que el tiempo arrumbó otras instituciones no fue su caso.